en el teatro Principal. La pieza venía de allende los mares sancionada por la crítica española, uno de cuyos principales corifeos es D. Manuel de la Revilla. Era pues indispensable, doblar la cerviz, triturar la espina dorsal en prueba de acatamiento, ántes de proferir un sólo vocablo cuya aspereza fuese parte á desvirtuar las frases eufónicas, deleitosas, y almibaradas, con que aquel príncipe de la crítica halagó al Sr. López de Ayala.

Nadie quiere comprender que la eterna rivalidad de españoles y franceses, influye en gran manera para que la crítica española atruene el orbe con trompetazos semejantes al bíblico del juicio final, cada vez que un engendro arropado en lustrosos guiñapos de inspiracion lírica, se arrastra con toda la impotencia de un agonizante en el tablado del teatro. Llámese Revilla, llámese Valera, llámese Canalejas el que critique en España, es ante todo descendiente del héroe de Covadonga; circula por sus venas la sangre orgullosa y saturada de ascetismo, que animó el regio espectro cuya sombra da aún aspecto fúnebre á San Lorenzo del Escorial. Pero los mexicanos, que no rivalizamos con nadie, que no podemos rivalizar con nadie, ni con los españoles, que es en cierta manera cuanto puede decirse, nos acreditamos de insensatos al seguir la corriente de vanidad castellana, que nace en Madrid, se difunde en las provincias y posesiones ultramarinas españolas, y pretende tambien infiltrarse, por caduco derecho de tutoría, en las ex-colonias de la península ibérica.—Nuestra literatura ha sido hasta ahora, símil, reflejo, daguerreotipo de la española, á cuyo carro de triunfos ha ido siempre uncida, en señal de cosa conquistada. Es tiempo ya de que tengamos independencia de criterio y literatura propia.

El ilustre autor de *El tanto por ciento* y *El tejado de vidrio*, por estas obras encumbrado al sólio de la soberanía dra-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

mática, despues de largo transcurso de tiempo, en el que, á semejanza del inmortal inválido de Lepanto, no produjo ninguna obra literaria, renace de sus propias cenizas para el teatro, y modificando bastante las condiciones externas y mecánicas, presenta una cuasi segunda confeccion de *El tanto por ciento*.

El Sr. López de Ayala, metido hasta la médula de los huesos en la política española, un tanto semejante á la nuestra en lo anómalo, quisquilloso y virulento, ha pulsado á la humanidad por su lado más enteco y flaco; cual es el de la codicia, el del sórdido interes. El insigne Gabriel Téllez violó en cierto modo el secreto del confesionario, y pintó á las mujeres de su tiempo, tan desenvueltas, casquivanas y callejeras, como al trasluz de la rejilla se le presentaban. Sólo en *La prudencia en la mujer*, como para reivindicarlas, delínea por admirable habilidad un delicioso arquetipo de virtud y de entereza femeniles. El Sr. López de Ayala, como el sarcástico fraile de la Merced, convierte en venero de inspiracion dramática el médio social en que vive, y lleva á la escena como primordial resorte de sus fábulas, el voraz deseo de lucro y medra. Actúa en dos teatros; y del uno toma situaciones y caractéres para el otro.

En *Consuelo* nos presenta á una hija casi desnaturalizada, que se va á paseo cuando su madre (Antonia) cae presa de un paroxismo; que con frívolo y mal urdido pretexto desdeña al hombre con quien iba á casarse (Fernando) por otro (Ricardo), cuya no muy bien adquirida fortuna cubrirá el rubor de su falta con la púrpura del lujo; que, casada sin amor, y sufriendo la esquivez de su marido, se enamora de él entrañablemente, y que, con un cinismo impropio de una dama, para excitar los celos de su marido, escribe en su presencia una esquela amorosa á su antiguo amante.

Fulgencio, correvedile de frac y guante blanco, es un carác-

ter ambíguo: acepta el crímen, y por él se ha enriquecido, siempre que el criminal respete todas las exterioridades sociales: es cómplice de mil amores en la infidelidad de Ricardo hácia su esposa, en tanto que la encubra con refinada hipocresía. Hombre sin corazon Ricardo, anda á caza de mujeres de teatro, y ama, sin embargo, á la suya, de una manera *sui géneris*. Antonia es una buena señora, que se resigna á presenciar la infelicidad de su hija, sin poner de su parte, como su carácter de madre lo exije, el menor esfuerzo para impedirlo. Fernando es un amante indigno de pisar el teatro, pues que consiente en que le roben á su amada, y en ir con humildad verdaderamente evangélica á la casa de Fulgencio y Ricardo, por razones de cortesía. Los dos criados, hombre y mujer, que con chistes andaluces y gallegos amenizan la accion, llenando así los huecos de otra manera difíciles de llenar, hablan hasta por los codos y constituyen de por sí un episodio que se desarrolla paralelamente á la fábula principal.

El drama enraiza en la infidelidad de Ricardo, en el amor repentino que hácia él sobrecoge á Consuelo y en la facilidad con que Fernando accede, engañado. en reanudar relaciones amorosas, que de lícitas un dia, se trocarían, de llevarse á efecto, en criminales: esto supuesto, sobra el primer acto, en que se entera al espectador de acontecimientos que no afectan la esencia del drama. Con agregar algunas escenas preliminares al acto segundo, por las que se viniese en conocimiento de lo que ocurre en el primero, sería éste perfectamente inútil. La exposicion dramática debe estar íntimamente enlazada con la accion que se va á desarrollar; pues un drama no es una novela en que se puedan escribir capítulos que sirvan de prólogo. Apesar de todo lo cual, el primer acto de *Consuelo* es el mejor de los tres.

El segundo es bastante lánguido, entorpecida en él la accion

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

por interminables diálogos de los criados, por combinaciones mercantiles relacionadas con la tésis que sirve de base al argumento, y por entradas y salidas de los personajes sin justificacion ni disimulo.

Recelosa Consuelo de su marido, escribe á Fernando la carta de que ántes hablé, con el propósito de que el primero la lea; pero Ricardo, que no está para velar por su honra, la deja sobre la mesa á disposicion del que quiera hacer hincapié en ella, suponiéndola dirigida con premeditado intento á Fernando, para deslustrar el buen nombre de Consuelo. Como pudo ser otro, es Fulgencio quien la toma, y teniendo por seguro gratuitamente que en ella recomienda Consuelo á Fernando á un jóven protegido de su mujer, y para caracterizar mejor su papel de correvedile, se la entrega á Fernando, quien, enterándose de su contenido, riñe un poquillo con su conciencia, le da un coscorron y se decide á saborear las dulzuras del amor criminal con que la suerte le sustituye el legítimo que estuvo á punto de gozar.

El segundo y tercer acto están nada más hilvanados y zurcidos por dos ó tres puntos: Fernando acude á la cita, descubre el *quid pro quo* de la carta, resorte *sine qua non* de la trama, y ardiendo en ira y en deseo de vengarse de Ricardo, no obstante haberle cedido sin resistencia la novia, se niega á salir de las habitaciones de Consuelo, á pesar de las acongojadas súplicas que ésta le hace, y sólo merced á la intervencion de Antonia, consiente en abandonar sus tardíos propósitos de venganza.

En suma, Ricardo se va para Paris en compañía de una cantante, concubina suya; Fernando se marcha tambien con la música á otra parte; Antonia se muere de una enfermedad de corazon que padecía, y Consuelo cae desmayada para dar término á la fábula.

Entiendo que un drama debe desenlazarse por virtud propia de las pasiones cuya colision le origine, pero que la muerte ocasional de un personaje episódico, como es Antonia en *Consuelo*, dé fin á un conflicto dramático, no me parece puesto en razon. La verosimilitud teatral no consiste solamente en que los hechos sean posibles, sino que exige además que su enlace y desenvolvimiento sean naturales y lógicos; pues una sucesion de acontecimientos de verosimilitud problemática, ligados de un modo absurdo, no constituye ni puede constituir verdadera é interesante accion dramática.

El argumento de *Consuelo* era mezquino, y fué preciso inventar un par de sirvientes lenguaraces y un amigo complaciente y servicial. Dejo á la consideracion de mis lectores la legitimidad y validez de este linaje de recursos escénicos.

El Sr. López de Ayala, con un poder de intuicion maravilloso, calificó de comedia su obra, como dando á entender que su primera concepcion fué grotesca. Esto me recuerda á aquel autor frances que, habiéndole preguntado por qué no escribía novelas, contestó que al querer escribir una, había resultado comedia.

Efectivamente, el argumento de *Consuelo* debió haberse explotado en el género cómico.

Su versificacion es magnífica.

*
* *

Echegaray, como muy acertadamente observa Revilla, se ha propuesto embellecer lo monstruoso y lo absurdo: contrapone á veces en tremebundo conflicto sentimientos nobles, con el único objeto de suplantar á las Parcas en el oficio de tejer y cortar el hilo de la vida.

En el pilar y en la cruz, obra en que campea robustísima

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

y seductora inspiracion lírica, encajonada en áureas estrofas, es deleitable como pocas en la lectura, y pesada y deforme en la escena.

La concepcion dramática fué verdaderamente shakspeariana; pero la ejecucion artística parece hurtada á Bouchardy. El afan de fantasear en selectos raptos de lirismo, encadenó á Echegaray á un pilar y á una cruz, convirtiendo la obra en un melodrama. Todos los caractéres están bien dibujados: cada cual de por sí es bello y verosímil: en el conjunto, todos son falsos y monstruosos.

Por salvar á su padre comete el protagonista la iniquidad moral de entregar á su amada á la Inquisicion: por salvar á su amada, la mata, lo mismo que á su prima bastarda. Y todo, para que la primera pueda decir:

> me vendiste en el pilar
> y me mataste en la cruz,

cuando de hecho la mató en un cuarto bajo, de un edificio de dos pisos que en la decoracion del tercer acto aparece.

Confieso sinceramente que cuando leí el drama, me sedujo de tal manera su riquísima versificacion, que no acerté á comprender que servía de ropaje á un cadáver galvanizado. Habrá que convenirse, empero, en que el ingenio que tiene poder para simular belleza y vida, donde no existen, es dignísimo de admiracion y encomio. Echegaray será vituperable á veces como dramático; pero su genio es evidente, so pena de negárselo tambien á Víctor Hugo y á Dumas (padre), campeones, aunque en época más adecuada á tales extravíos y falsedades, del ilusorio y fantástico lema del romanticismo.

La calentura no puede ser el estado normal de la fantasía.

Miércoles 25 de Junio de 1879.

Blason de eterna gloria es para el siglo XVII el nacimiento en él del drama, tal como la crítica moderna le entiende y le define. Á William Shakspeare, en Inglaterra, y á Lope de Vega, en España, cupo el honor insigne de haberle creado simultáneamente.

Shakspeare, sin haber aprendido en universidades ni libros, teorías sobre el alma y sus pasiones, le arrebató sin embargo, sus más hondos secretos, é infundió vida eterna á caractéres profundamente humanos. La pasion, primer resorte del arte escénico, llevada al más alto grado de violencia y exacerbacion, y desarrollándose en séres libres, no sujetos á la suprema voluntad de númenes celestes, fué el inagotable venero de inspiracion para el gran poeta de Stratford. Apropióse argumentos de inferiores ingenios, imprimióles el sello de su númen divino, y sumergió en las tinieblas del olvido á los medianos vates despojados: palmario testimonio de que la inventiva es acaso el más efímero elemento de la composicion dramática, cuando la vida humana no se trasplanta al escenario, fiel y hermosamente retratada.

Lope de Vega, lo mismo que sus antecesores y sucesores en la formacion del teatro genuinamente español, tradujo en fábulas escénicas, deslumbrantes de inspiracion y grandeza, la historia y la leyenda españolas. Las idealidades caballerescas, los refinamientos cortesanos, el sentimiento del honor llevado á verdadero fanatismo, el respeto incondicional á la dama y al rey, el albor de la libertad individual iluminando débilmente las densas nieblas de la tiranía, todo, en suma, lo que dió á la nacion castellana virilidad para señalarse como una de las primeras del orbe, fué tan exactamente dibujado en el teatro, que se

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

puede estudiar el carácter de los españoles del siglo XVII, en Lope y Calderon, Tirso y Moreto.

El amor pátrio era entónces tan acendrado, profundo y exclusivista, que el público no consentía nada que no fuese genuinamente nacional, lo que obligaba á los autores, cuando tomaban asunto en la historia y costumbres de otros países, á hacer que los personajes que introducían en sus artificios escénicos, hablasen, sintiesen, pensasen y obrasen como si fuesen españoles. Ni el traje extranjero se permitía en el teatro: todo había de ser exclusivamente nacional. De aquí los innumerables anacronismos é impropiedades que la crítica descubre en los dramáticos españoles del siglo XVII, como lunares y manchas que deslustran el conjunto armónico y delicioso de sus inmortales creaciones.

Era el público exigente por demás y deseoso de novedades: representada una obra, obtuviese ó no éxito, era en breve sustituida por otra, sin que la voracidad de caballeros y plebeyos, de damas y doncellas, llegase nunca á saciarse. La rivalidad y competencia de numerosos insignes poetas, aumentaba la sed hidrópica del público y el esparcimiento y deleite, con embozados epigramas, alusiones picarescas y fuego graneado de cultísimos versos. La máxima de Lope—cuando el público no oye hablar de contínuo y con aplauso, de un hombre notable, fácilmente le olvida,—llegó á ser por todos adoptada y puesta en práctica.

De aquí la fecundidad asombrosa de los ingenios admirables que formaron la oligarquía dramática española del siglo XVII, y áun de la muchedumbre de medianías que en su torno giraron. La facilidad con que el público olvidaba las obras, unida á lo rudimentario é imperfecto de la tipografía, era causa de plagios, hurtos y despojos literarios, cometidos aún por los autores de más nota. Todo esto, las dificultades materiales del

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

aparato escénico, lo embrionario de la poesía dramática, las trabas y cortapisas del Tribunal de la Fe, y otra multitud de circunstancias cuya enumeracion pecaría de prolija, eran suficiente motivo para que las obras no se distinguiesen por lo atildado y pulido.

El sentimiento religioso, por otra parte, estableciendo una especie de fatalidad, algo parecida á la de los griegos, quitaba bastante de individual á los ficticios personajes de las comedias, impidiéndoles obrar con la entera libertad de albedrío que el conflicto dramático requiere.

El drama se efectúa en el seno de la conciencia, y no habiendo ésta, ó habiéndola mutilada, como sucede cuando un dogma religioso la conturba, no hay drama, ó le hay mutilado.

Esto acontece á los autores españoles del siglo XVII. Sus obras, por tal razon, y por otras que sería muy fácil indicar, más que dramas, son novelas dramáticas.

***

Traspuesto en el ocaso de la vida el astro magnífico de la escena castellana que se llamó Frey Lope Félix de Vega Carpio, ascendió al zenit de la celebridad, y brilló con más esplendor, D. Pedro Calderon de la Barca y Riaño, ingenio tan grande como los mayores, en quien se resumen y compendian todas las excelsas cualidades del teatro antiguo español. Sobresalieron sus antecesores por alguna especial habilidad: ya por la pintura de costumbres, ya por la de caractéres; ora como peritos en la intriga, ora como estilistas y versificadores: Calderon sintetizó tan variadas y diversas aptitudes, y fué más vasto, universal y profundo que todos ellos, sin dejar de ser tan español y católico. El fanatismo religioso, la salvaje y exagerada ley del honor, y el absurdo sentimiento monárquico, pa-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

liado á veces por explosiones de instintiva democracia, palpitan en sus portentosas producciones dramáticas.

Intérprete fidelísimo de su tiempo y de su pueblo, pintó Calderon, como nadie, el honor y la galantería que caracterizaron muy particularmente á los españoles de su época. Perfeccionador, más que inventor, mejoró la novela dramática creada por sus antecesores, haciéndola más interesante, más rica en peripecias, más cuantiosa de hermosura, más levantada y trascendente. Competencia ó rivalidad amorosa sirve comunmente de base á las tramas calderonianas, pero de tal modo reñida y récia, y de tan difícil desenvoltura, que por punto general termina de trágica y desastrosa manera.

Cediendo Calderon al culteranismo dominante, enseñoreado hasta de la conversacion familiar, deslució á menudo sus obras, con insulsos discreteos, afectacion y ampulosidad de lenguaje, y sobrado oropel de adornos retóricos.

Aseméjase Calderon á Shakspeare, tanto en la franca pintura de caractéres, cuanto en el desarrollo violento y rudo de las pasiones, y en el enlace vigoroso de las arterias de la fábula. El Segismundo de *La vida es sueño* se parece á Hamlet, el Herodes de *El mayor mónstruo los celos* á Otelo, y á este tenor otros muchos admirables caractéres, tan eternos, vivos y grandiosos como la humanidad misma. No en vano se le llama, pues, el *Shakspeare español.*

Teólogo y poeta régio, fué Calderon extremado en dar lustre y hermosura á la religion católica, base, núcleo y fundamento de la civilizacion española de todas las épocas, pero principalmente de aquella esplendorosa, sin par en la historia de la península ibérica, en que florecieron tantos egregios poetas y escritores.

El acatamiento á la voluntad soberana del monarca, amalgamado de incomprensible manera con la independencia de ca-

rácter de que blasonaban entónces los españoles, se refleja en casi todas las selectas obras del príncipe de la escena española, y muy particularmente en *El acalde de Zalamea.*

Calderon de la Barca, en suma, como la crítica le ha clasificado, es el poeta español y católico por excelencia.

***

Soy enemigo de los arreglos de obras antiguas: se me figuran profanaciones. No puedo aprobar, por consiguiente, que D. Adelardo López de Ayala, dando forma moderna á *El alcalde de Zalamea,* le haya hecho susceptible de ser representado en nuestros teatros, como le vimos en el Nacional la noche del penúltimo mártes.

El trabajo del Sr. López de Ayala consiste en haber regularizado la accion, encerrándola en tres actos sin continuas mutaciones de decorado escénico, y en haber remendado algunos trozos de difusa y pedantesca versificacion, que era indispensable suprimir para aligerar el desarrollo de la fábula, con versos de su cosecha, en los que imitó el modo de decir de Calderon. Ganó evidentemente la obra en regularidad y simetría, pero perdió en grandeza y espontaneidad. Donde puso la mano un Calderon, nadie tiene derecho de ponerla, como nadie le tendría para retocar un cuadro de Rafael ó una estátua de Miguel Ángel. Pulir ó retallar una obra dramática antigua con el sacrílego intento de amoldarla á las condiciones externas del teatro moderno, me parece tan irreverente, cuando ménos, como recortar y empequeñecer los ahuehuetes de Chapultepec, para reducirlos á la raquítica y geométrica talla de los arbolitos de un jardin á la *dernière.* La hojarasca de los dramas calderonianos es tan digna de respeto, en último caso, como el heno de los vetustos sabinos del bosque azteca, del que, por expresa

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

prohibicion, no se les puede despojar. ¿Han de ser ménos sagradas las obras de la inteligencia que las de la naturaleza? ¿Qué diría un inglés si álguien se atreviese á introducir la menor reforma en una produccion de Shakspeare? Y cito á un hijo de la Gran Bretaña, porque en Inglaterra es quizas donde más se respetan y veneran las obras del ingenio. Hay verdadero culto por ellas. Pérfida será la rubia Albion para con los extranjeros y enemigos, sobre todo si se trata de añadir un teruño más á sus extensas posesiones, como en la dilatada y eterna cuestion de Belice; pero, para con lo suyo, sin la menor duda, es amartelada y fervorosa.

Convengamos en que es imperdonable osadía el reformar una sola sílaba de una estrofa calderoniana. Hartzenbusch, reverente como pocos hácia los grandes ingenios españoles, y áun hácia los pequeños y menores, no se atrevió, al coleccionar las obras dramáticas de Calderon para la biblioteca de Rivadeneyra, á enmendar ni corregir un solo verso; limitándose, cuando la oscuridad del texto lo requería ó era notoria la incorreccion, á ilustrarlas con notas explicativas eruditísimas, y no sin achacar siempre la falta á los detestables amanuenses y copistas del siglo XVII.

Coloca la crítica á *El alcalde de Zalamea* entre las obras de más aliento y valentía que produjo el singular ingenio de Calderon.

Para dar idea de produccion tan colosal, la daré primero de su argumento.

Hélo aquí, sucintamente extractado:

Entra una compañía de soldados en el pueblo de Zalamea, y su capitan, D. Álvaro de Ataide, alojado en casa del labrador Pedro Crespo, se enamora de la gentileza y hermosura de Isabel, hija del labrador, quien es terco y altivo en demasía, si bien servicial y complaciente. Enterado Crespo de lo que ocurre, arro-

ja de su casa al capitan; el cual, mohino por esto, y despechado por el desden de la villana, jura vengarse, violándola. Lo verifica, en efecto, robándosela, ayudado de sus soldados, y dejándola abandonada en un bosque, donde sacia su sensual apetito. Le aprehende luego Crespo, y elegido á la sazon alcalde del pueblo, fórmale causa, por negarse á reparar la ofensa, casándose con la cuitada, y le sentencia á muerte vil.

D. Lope de Figueroa, maestre de campo y jefe de D. Álvaro, increpa al enérgico labrador sobre tan desatentada violacion de los fueros militares, y encontrándole tan rehacio y testarudo como él, que lo era en extremo, se enfurece y manda á sus soldados que incendien la villa. En esto, llega por acaso el Rey Felipe II, y despues de oir á las dos partes contendientes, examina el proceso y confirma la sentencia del alcalde, á quien pide al reo para castigarle. Crespo le dice que ya lo está, y descorriendo una cortinilla del fondo, se lo enseña agarrotado. Felipe II, sorprendido de la firmeza y virilidad de Crespo, le nombra alcalde perpetuo de Zalamea, para que la administracion de justicia sea allí eficaz, enérgica y equitativa, con lo que da fin el drama.

Es éste en sumo grado notable, prescindiendo de lo bien ideado y conducido de la fábula, por la maestría con que están dibujados los caractéres. Oigamos cómo se expresa sobre este punto el insigne crítico aleman Adolfo Federico de Schak, en su *Historia de la literatura y arte dramático en España:* "Por sus caractéres marcados y vivos, no hay drama de Calderon que aventaje á éste. El anciano D. Lope Figueroa, endurecido y áspero por sus largas campañas, pero humano en el fondo; el honrado Pedro Crespo despues, representante legítimo del labrador español en su figura más noble, fiel á su Rey y á su obligacion, y con un ánimo de fortaleza invencible; el astuto y altanero capitan, la alegre vivandera Chispa, las gallar-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

das y graciosas fisonomías de Juan é Isabel, y en fin, los diversos soldados, inmorales y crueles, pero valientes: hé aquí una galería de las figuras más várias y con más viva verdad trazadas, que pueden mencionarse."

Otra de las circunstancias que hacen estimable en alto grado la obra es su originalidad. Un hombre del pueblo, investido de mezquina autoridad jurídica, en defensa de su honra ultrajada, se pone frente á frente de un maestre de campo, y sobre él, y sobre todo el mundo, si hubiera sido preciso, satisface su venganza y castiga al culpable. Cierto es que la pena que le aplica es bárbara; pero está justificada por la gravedad del delito y por la manera salvaje con que entedían el honor los españoles de entónces. Cierto es tambien que á semejanza de los trágicos griegos, sacrifica Calderon á la víctima al par que inmola al verdugo; pero esto, sobre ser eminentemente dramático, sólo puede parecer desagradable á los espíritus pusilánimes y medrosos, que quisieran ver siempre triunfante á la virtud en el teatro, cuando en el mundo sucede precisamente lo contrario.

El respeto al monarca y el sentimiento democrático, cuya extraña y disímbola mezcla formaba el carácter español qué retrató Calderon, se manifiestan muy señaladamente en *El alcalde de Zalamea.* Si despues de ejecutada la feroz sentencia, hubiera mandado, colérico, Felipe II, aplicar el garrote á Crespo, éste habría sufrido de buen grado la pena del talion, considerando justísima la real voluntad.

Desenlace trágico y rebosando originalidad y grandeza, es el de *El alcalde de Zalamea,* sin acongojar el ánimo por lo merecido del castigo. Si hay alguna fatalidad que le determine es la del honor, porque los personajes traspiran libertad individual por todos los poros.

Y todo esto, tomando sér y forma en magníficos versos, co-